

un buen hijo, que nunca te haces esperar. Vete, pues, y vuelve pronto para hacer compañía a tu inconsolable madre.

—¡Adiós, madre mía!—dijo Leopoldo abrazando con profunda emoción a aquella amorosa anciana, que no tenía en el mundo más apoyo que el suyo—. ¡Adiós!

—¿Qué tienes, Leopoldo?—exclamó la anciana, viendo en el rostro de su adorado hijo impreso el sentimiento del dolor—. ¿Por qué me abrazas de esa manera, como si empuerdiessés un largo viaje?

—No lo sé, madre mía, no lo sé; pero, ¡la amo a usted tanto en este momento!...

Y a los ojos del joven se agolparon las lágrimas.

La anciana le estrechó contra su pecho henchida de ternura.

Leopoldo conoció que le hacía mal el prolongar aquella escena, y se desprendió de los brazos de su bondadosa madre, imprimiendo un beso en su frente.

—¡Adiós, adiós!...—dijo con voz ahogada por los sollozos que se agolpaban a su garganta, y salió de la habitación con el corazón desgarrado de dolor. Al bajar la escalera se encontró con Rafael, que acudía al llamamiento de la tarjeta.

—¿Para qué me has llamado?—le preguntó el que llegaba.

—Te lo contaré por el camino—contestó Leopoldo, apoyándose en su brazo y saliendo con él a la calle.

En seguida se dirigieron al sitio en que estaban los coches de alquiler; subieron en uno, y se dirigieron hacia el lugar en que debía verificarse el desaffo.

CAPITULO XVII

Dos historias

—Dice usted, señor Flan, que dentro de tres días podrá entregarme los efectos que deseo.

—Dentro de tres días, sin falta, señor Duval; tengo carta de Veracruz anunciándome la salida de ellos, y sé, a no dudar, que estarán aquí en el plazo dicho.

—Muy bien; lo deseo para surtir abundantemente mis tiendas de Guanajuato y León.

—Debe usted vender mucho en ellas, a juzgar por las considerables compras que hace usted en mi almacén, pues no bajan al mes de cinco mil duros.

—Sí; los encargados que están al frente de mis negociaciones tienen relaciones con las principales poblaciones del interior, y hacen, por lo mismo, un gran comercio con ellas.

—Me alegro mucho, y le agradezco a usted la preferencia que da usted a mi almacén sobre todos los demás de la ciudad para sus compras.

—Veo que hasta ahora me han salido excelentes las mercancías y no hago más que corresponder a la buena fe de usted.

—Mil gracias.

—Pero, hablando de otra cosa; me han dicho que ha tomado usted bajo su protección a una prima de don Félix, llamada Soledad.

—Es cierto.

—¡Hola! ¿Conque no me han engañado?

—Han dicho la verdad. Pero, ¿quién le ha contado a usted eso?

—Una señora que suele venir de vez en cuando a casa a vender chucherías a mis criadas; una mercachifle o «mercadela», como aquí dicen, llamada doña Anita, viuda, según ella, de un general de brigada, y que fué vecina de esa joven.

—Pues no le ha engañado a usted; vivía sola, atendida a lo poco que ganaba su primo don Félix, a quien quedó encomendada a la muerte de su pobre madre, y quise recomendar los servicios de mi fiel dependiente, tendiéndole una mano protectora.

—Y ¿no se le ha pasado a usted por la mente—dijo sonriendo Duval—, que la mano del protector se convierta en mano de esposo?

—Hombre, al principio, confieso que mi idea fué desinteresada y franca; pero cuando la he tratado, cuando he tenido proporción de poder admirar su talento, su virtud y su hermosura, no he dejado de pensar en ello.

—Si se parece en cualidades a su primo, la elección no podía ser más acertada.

—Creo que está dotada de las mismas.

—Habla usted con tanto entusiasmo de esa joven, querido Flan, que me parece que pronto pertenecerá usted al gremio de los casados.

—No será difícil; estoy cansado ya de amas de gobierno y de vivir solo; soy joven aún; mi posición social es bastante buena para hacer la felicidad de una mujer virtuosa. Soy de aquellos hombres que creen que la mejor dote que

puede llevar una joven a su esposo son sus buenas cualidades; Soledad reúne las más bellas, y si logro alcanzar su amor, seré el más feliz de los nacidos.

—¡El amor!... Eso es lo que a mí me falta conseguir de la que adoro.

—¿Por qué no busca usted una mujer cuyo corazón esté libre? Clotilde amaba a otro antes de que usted la conociese, y es difícil, por no decir imposible, desarraigar de un corazón virgen la semilla del primer amor. ¿Cree usted que le sería difícil encontrar otra joven del mérito de Clotilde?

—No; sé que existen, y muchas, en este hermoso suelo; pero yo no puedo amar sino a ella en el mundo.

—Y ¿la hace usted padecer oponiéndose a su felicidad?

—Es que yo no puedo permitir que sea de otro hombre.

—Entonces el empeño por unirse a ella no reconoce por origen el amor a Clotilde, sino el amor que se tiene usted a sí mismo.

—Es el amor sin límites que le consagro, fomentado por la resistencia y la oposición.

—Confieso que no comprendo ese amor. Los que hemos nacido bajo el sereno cielo de México, en este clima perfumado y benigno, radicamos nuestra felicidad en la felicidad del ser que amamos; preferimos su ventura a la nuestra; respetamos los sentimientos de su corazón, y si no tenemos la dicha de alcanzar su amor, sentimos nuestra desgracia; pero no aborrecemos la ventura ajena. En una palabra, comprendemos por amor una virtud tierna, deferente, ajena de egoísmo; no la pasión exigente, vengativa, violenta, que reclama despótica la correspondencia de un afecto que no hemos conseguido inspirar.

—Ese debe ser el amor, señor Flan; pero no es el mío; yo quiero que la mujer que amo, sea mía a todo trance, aunque me odie; y detesto de muerte al afortunado rival que me disputa su posesión.

—Respeto los sentimientos de usted, señor Duval, y deseo que alcance usted con los suyos la felicidad a que yo aspiro con los míos.

—Mil gracias.

—Pero es ya tarde, y tengo el sentimiento de verme obligado a dejar la amable compañía de usted.

—Suplico a usted tenga la bondad de avisarme tan pronto como llegue el cargamento.

—Pierda usted cuidado, señor Duval. Adiós.

—Adiós, señor Flan.

No bien había salido éste, Duval se puso a leer varias cartas que estaban sobre la mesa.

—Mis negocios marchan viento en popa—dijo con satisfacción, después de pasar la vista por el contenido de ellas.

—Para que sea completa mi ventura, sólo me falta deshacerme de mi rival, a quien le quedan ya pocos instantes de vida. Clotilde llorará algunos días su muerte, después irá calmando su dolor; a éste sucederá el olvido, y, por último, se resolverá a ser mía.

Cuando así discurría, entró un criado anunciando que un caballero solicitaba hablarle.

—¿Quién es?

—Lo ignoro, señor.

—¿Es persona decente?

—Es un caballero.

—Dile que entre.

El criado se fué, y a poco se presentó en la sala el doctor Willey.

En el rostro de Duval se pintó un ligero rasgo de sorpresa; pero fué momentáneo y ofreció con galantería un asiento en el sofá al médico escocés.

Este se sentó; Duval hizo lo mismo, y esperó que expusiese el motivo de su visita.

—El objeto que me conduce a su casa de usted es muy sencillo—dijo el doctor con una franqueza insolente, que chocó sobremanera a Duval—. Hace tiempo que lucho a brazo partido con la contraria suerte, sin alcanzar más que reveses. Creo tener vastos conocimientos en mi profesión de médico, y, sin embargo, son pocas las personas que me ocupan, sin duda porque no tengo coche; es necesario, pues, que lo tenga, ya que ésta es una de las preocupaciones del público para que juzgue sabio y acertado a un facultativo. No siento la escasez de fortuna porque sea apasionado del dinero y del lujo, no; se me hace sensible, porque careciendo de riquezas, me es imposible realizar un proyecto o mejor dicho, dos, de los cuales depende mi felicidad.

—Y ¿cree usted que yo soy conducto seguro para realizarlos?

—Sin duda.

—¿Yo?

—A no dudar.

—Deseo saber de qué manera.

—A usted le sobra todo lo que a mí me falta.

—¿Qué?

—Dinero.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO X

—¿Y viene usted...?

—A pedírselo.

—Y, ¿cree usted que yo se lo daré?

—Estoy seguro de ello.

—¡Cómo!

—Vengo resuelto a ello.

Duval temió que aquel hombre fuese un ladrón, y fué a coger el cordón de la campanilla, que tenía junto a él; pero el doctor, agarrándole en el acto de la mano, le impidió que tocase, diciéndole al mismo tiempo:

—No llame usted a nadie, porque sería pregonar lo que le conviene a usted que permanezca oculto.

Duval palideció y fijó los ojos en aquel hombre con una sorpresa que le acusaba.

—Pero, ¿quién es usted?

—No soy más que uno que necesita de algún dinero para poner en juego todos los medios que puedan conducirme al triunfo de dos mujeres que me odian cordialmente.

—Pero, ¿con qué derecho se atreve usted a solicitar ese préstamo?

—Es que no solicito préstamo.

—Pues ¿qué?

—Regalo.

—¡Regalo!

—Ni más ni menos.

—Veo que está usted loco.

—Jamás he estado tan cuerdo.

—Caballero—contestó Duval, recobrando su serenidad ante la idea de que aquel hombre no podía ser más que un pe-tardista que trataba de especular con los tímidos—; si he tenido la paciencia de escuchar al principio la ridícula pretensión de usted, porque estaba de humor para ello, le advierto a usted que ahora he perdido la paciencia para escuchar sus extravagantes palabras.

—¡Hola! ¿Las califica usted de extravagantes?—contestó el doctor sonriendo irónicamente y con con imperturbabilidad que contrastaba con la impaciencia que se retrataba en el encendido semblante de su interlocutor.

—Sí, las califico de extravagantes, y a usted, ¡de un infame!...—dijo Duval, dejando estallar su cólera.

—Nunca he tenido empeño en que me beatifiquen—replicó Willey con la misma sangre fría y sin moverse de su sitio.

—¿No ha entendido usted que le arrojé de mi casa?—dijo levantándose y rechinando los dientes.

El doctor quiso detenerle, pero Duval se desprendió de él, sacó una pistola y le apuntó con ella, diciendo con la exaltación de la ira:

—Salga usted, o dispare.

Willey, sin alterarse ni mudar de postura, contestó con la mayor tranquilidad:

—Si usted me asesina hoy, mañana le ahorcarán a usted.

Duval bajó la pistola, reflexionando sin duda en la verdad que encerraban aquellas palabras.

—Llamaré, pues, a mis criados y a las personas que están jugando en la pieza inmediata, y diré que se ha introducido en mi casa para robarme.

—Está usted en su derecho, señor Duval; pero yo también estaré en el mío al contar a esos señores que juegan a la banca en la inmediata pieza, a los criados, a la señorita Clotilde y a la justicia, una historia que le interesa a usted sobremanera.

—¿A mí?

—A usted.

—No recuerdo ningún pasaje en mi vida ni en la de las personas que he tratado, que preste asunto para ello.

—Eso consiste, acaso, en que su memoria de usted sea algo frágil.

—O en que el asunto no tenga para mí la importancia que usted trata de darle.

—Suplico a usted que la oiga, para que dé su opinión sobre lo que debo hacer con ella.

—La oiré—dijo Duval, sentándose enfrente del doctor—; pero le suplico a usted que sea muy lacónico, porque tengo precisión de salir dentro de un instante.

—No es larga mi relación. México se vió el año 1828 invadido, por decirlo así, de multitud de extranjeros de todos los países, que se habían propuesto medrar de las revueltas políticas, que ellos tenían interés y empeño en agitar. Entre estos aventureros vino uno que, más cauto que los demás, en vez de presentarse en las logias y en público, estableció en su casa una reunión, a donde sólo asistían algunos compañeros suyos, que se habían constituido en agentes de sus órdenes.

—Muy bien.

—El individuo que me ocupa, aun no contaba entonces veinte años de edad; pero suplía ésta su capacidad y su osadía, que eran extraordinarias.

—Adelante.

—Retirado en su habitación, y sin tener trato con nadie,

nuestro joven solía salir de vez en cuando de México, pero siempre de noche, y acompañado de alguno de sus agentes, y volvía al cabo de algunas semanas, y de la misma manera, sin que nadie supiese dónde había estado.

—Continúe usted.

—Así vivió algún tiempo, sin que nadie llegase a saber su nombre, ni en qué se ocupaba, y sin que se le conociese realmente, hasta que acaecido el saqueo del Parián, desapareció por algunos meses, y volvió para desaparecer otra vez en la caída del Presidente Guerrero, sin que nadie haya vuelto a saber de él.

—Y ¿esa es la interesante historia que me tenía usted que contar?—dijo con acento de disgusto y de marcada impaciencia Duval.

—No, aun queda algo más. El principio de todas las historias suele ser algo frío; pero a medida que se avanza, en ellas suele entrar el interés.

—No creo que a ésta le suceda lo mismo.

—Vamos a ver—repuso Willey con la mayor calma—. Como ya he dicho que el individuo que me ocupa de nadie era conocido, nadie tampoco se acordó de él ni notó su falta. Pero cuando Guerrero, que se había refugiado en Acapulco, porque Bustamante había subido a la Presidencia, trataba de volver al Poder, se presentó nuestro joven en aquel puerto, en el bergantín «Colombo», del que era capitán un hermano suyo.

—Nada encuentro en eso de particular.

—¿Nada?

—Nada.

—Tal vez más adelante encontrará usted cosas importantes.

—Veamos; pero le suplico a usted que no alargue mucho la relación, porque mis ocupaciones me prohíben perder el tiempo con historias que no tienen relación ninguna con mis asuntos—dijo Duval, sin ser dueño de contener su impaciencia.

—Haré todo lo posible por obsequiar su deseo; pero hay detalles que no se pueden pasar por alto, por más que uno trate de compendiar.

—Está bien.

—¿Con qué objeto volvía aquel joven, cuya vida era un misterio? ¿Con qué objeto, repito, volvía a bordo del bergantín «Colombo», de que era capitán su hermano, en los instantes en que Guerrero se hallaba reducido al corto recinto del puerto de Acapulco? Lo va usted a saber. Aquel aventurero, a quien verdaderamente nadie conocía, merced

a las precauciones que siempre había tomado para no ser visto en público, había estado estudiando los pasos que debía llevar la revolución, y persuadido, sin duda, de que el general Guerrero se vería muy pronto reducido únicamente a la plaza de Acapulco, partió a Nueva York, donde se hallaba su hermano a bordo del «Colombo», le indicó un infame proyecto, que podía producirles algún oro, y ambos, ciegos por el interés, se presentaron en Acapulco.

—¿Falta mucho aún?—preguntó con impaciencia Duval.

—Algo, y en mi concepto, lo más interesante.

—Siga usted, pues, y no olvide usted que tengo ocupaciones que reclaman mi presencia imperiosamente.

—Seré lo más breve posible.

—Lo deseo.

—Al llegar a Acapulco, el capitán del buque y hermano de nuestro joven se encontró con un antiguo conocido y pariente suyo llamado Rossi. Los pícaros y los tramposos pronto se entienden y el capitán del buque, que no debía desconocer los bastardos sentimientos que abrigaba el corazón de su digno pariente Rossi, y que había convenido con su hermano en aparecer él solo como autor de la idea, se asoció al expresado Rossi para vender al gobierno de Bustamante, en cincuenta mil pesos, la cabeza de un personaje mexicano que le había colmado de beneficios.

—Me ha dicho usted que aquel joven tenía talento, y ese paso indica suma torpeza.

—No lo comprendo yo así.

—¿Qué bien le resultaba a él del convenio hecho por su hermano con Rossi?

—Primeramente, el de no aparecer como cómplice, y segundo, el percibir la mitad de los veinticinco mil pesos que le tocaban al marino, como habían arreglado en secreto los dos hermanos.

—Tiene usted razón.

—El trato, pues, se celebró entre el capitán del bergantín «Colombo» y su pariente Rossi, y el primero de estos dos malvados, habiendo convidado a comer a su engañada víctima a bordo de su bergantín, cerró la escotilla, cuando más confiado se hallaba en la mesa, levó anclas y se hizo a la vela, en compañía de su hermano, para el puerto de Huatulco, donde la tropa del gobierno estaba esperando al ilustre personaje, que fué poco después pasado por las armas.

—Esa historia es muy vieja—dijo Duval, cada vez más impaciente.

—Y, sin embargo, lo que sigue es enteramente desconocido de todos.

—Veamos.

—El capitán del buque recibió entonces el precio de su infamia, mientras Rossi, que había ido a México para arreglar aquel horrible asunto, pereció en la Plazuela de San Sebastián. Entonces los dos hermanos se repartieron entre sí los cincuenta mil pesos, y nuestro joven marchó a París, separándose del marino, que se quedó en los Estados Unidos.

—Nada encuentro en eso de particular; pues aunque la acción de esos hermanos no la pueda aplaudir, tampoco la puedo calificar de criminal, pues no es el primer caso en que en las revoluciones se vende la cabeza de un enemigo del gobierno establecido.

—Es que a esa acción infame unía el joven de quien me ocupo un crimen espantoso.

—¿Cuál?

—He dicho a usted que después del saqueo del Parián, en 1828, desapareció.

—Ciertamente.

—Y ¿sabe usted a dónde había ido?

—No, ciertamente.

—Pues marchó a la Habana, y de allí pasó a Santo Domingo, donde se enamoró de la hija del barón N..., coronel francés que estaba al servicio de la República Dominicana. La joven le amaba; pero el barón, por motivos que jamás comunicó a nadie, ni yo he tratado de averiguar, se opuso a un enlace que no juzgaba conveniente, y suplicó a su hija le jurase no unirse con aquel hombre en tanto que él viviera. La joven prometió obedecer; pero el barón recibió a los pocos días orden de marchar a la raya de Haití con su regimiento, y no queriendo exponer a su hija a los azares de una campaña peligrosa contra un enemigo audaz y mañoso, partió, dejándola encomendada a una anciana criada que la cuidó desde la niñez.

»La guerra con los haitianos empezó atroz y sangrienta; el barón se había cubierto de gloria en varios encuentros; pero una tarde, a la caída del sol, volviendo hacia su campamento, de hacer un reconocimiento, el enemigo, que en número considerable le esperaba emboscado, cayó sobre él con gritería espantosa, y el coronel fué muerto en la primera descarga, mientras los soldados, vueltos de su sorpresa, lograban poner en precipitada fuga a sus contrarios.

—Y ¿qué hay en eso de particular?—preguntó Duval, apartando la mayor indiferencia.

—Al menos todos creyeron tal cosa; pero agregado a aquel regimiento iba un físico de otro cuerpo, que estaba en una enramada curando a un herido, y vió que el barón no había muerto.

—¿Cómo!

—Había sido asesinado.

Duval se estremeció a su pesar.

—¿Por algún negro haitiano?—preguntó con voz convulsa.

—No; por un paisano, que, al verle herido, y creyéndose solo, le clavó un cuchillo en el corazón.

Duval se puso pálido como la muerte.

—Aquel hombre—continuó el doctor—volvió inmediatamente a la ciudad; se presentó a la desolada joven, fingiendo un dolor profundo; la invitó a pasar a los Estados Unidos de América, donde se casarían; ella, deseando dejar un país donde sólo tenía tristes recuerdos, accedió gustosa, y pasaron a Nueva Orleans, donde se verificó el enlace al instante de haber llegado; pero aquella unión era nula, porque el que los casó era un supuesto sacerdote; un hombre de ancha conciencia, que había hecho una fechoría, y de quien se valió para engañar a la joven el pérfido asesino del barón.

El rostro de Duval estaba desencajado, secos y blancos los labios, y sus ojos indicando en su mirada el terror y el espanto.

—A los seis meses de aquel falso matrimonio, se dirigió con la engañada joven a México, donde estaba seguro que nadie le conocía. En el mismo vapor que los traía, venía también el fingido sacerdote; pero sin traje eclesiástico, de que sólo se había servido una vez, y eso disfrazándose también el rostro el día del casamiento, que se celebró en una capilla particular, para no ser reconocido por la desposada. Pero este hombre estaba enamorado de ella; sabía el asesinato que había cometido en la frontera de Haití el fingido esposo; y viendo que no podía vencer la virtud de la engañada hija del barón, le hizo saber los crímenes que pesaban sobre el hombre a quien estaba unida, su falso casamiento y el amor en que por ella ardía. La infeliz se resistió a creer al principio aquella horrible verdad; pero el que le había revelado el secreto le enseñó una prueba palpable, y horrorizada de haber vivido con un monstruo, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su desgraciado padre, huyó de su lado, sin que se haya vuelto a saber de ella. Su falso esposo, creyéndola encontrar en México, volvió a esta ciudad, de donde desapareció de nuevo a la caída de Guerrero, presentándose, como he dicho, en Acapulco, en el

bergantín «Colombo», que mandaba su hermano, donde villanamente se apoderaron del valiente general, cuya cabeza vendieron en 50.000 pesos.

—Y ¿qué tengo yo que ver con esa historia, con ese asesinato, con el físico que presencié el asesinato, con esa joven, con el falso sacerdote y con el joven hermano del capitán del «Colombo»?—dijo Duval, tratando de ocultar la conmoción que había causado la relación de aquel suceso en su alma, y dando a su voz un acento severo.

—¿Lo ignora usted?

—Completamente.

—¿No conoció usted a ninguno de los personajes que figuran en ella?

—A ninguno.

—Pues yo tengo mejor memoria, y los conozco a todos.

—¡Usted!

—Yo.

Duval se inmutó.

—¿Quiere usted saber cuál era el nombre del que asesinó el barón?

—¿Cuál?

—Picaluga; el hermano del capitán del bergantín «Colombo».

Duval se alteró.

—Y ¿quiere usted saber quién era ese Picaluga?

—¿Quién era?

—Usted.

—¡Yo!...—exclamó Duval palideciendo.

—Sí, usted; el que concibió la idea de vender la cabeza del general Guerrero en cincuenta mil pesos, marchó a Nueva York a comunicárselo a su hermano; dividió con éste el precio de la sangre vendida, y el que bajo el nombre de Duval pasa ante la sociedad por un hombre honrado.

—Le han engañado a usted miserablemente—dijo Duval, haciendo esfuerzos supremos para ocultar su turbación.

—¡Engañarme!—contestó sonriendo el doctor—. No, no me han engañado. ¿Desea usted que le diga quién fué el físico que presencié el asesinato?

—Sí.

—Yo.

—¡Usted!

—Sin duda. ¿Anhela usted, por último, saber quién fué el hombre que se prestó a servirle de sacerdote para perder a la inocente hija del barón?

—¿Quién?

—Yo.

Duval fijó con atención los ojos en su interlocutor y se tranquilizó.

—Es falso; es una impostura; ni yo conozco a usted ni le he hablado en mi vida.

—No extraño que usted me desconozca, porque esos acontecimientos tuvieron lugar cuando yo no tenía esta cara; quiero decir, cuando tenía menos años, y las viruelas no habían desfigurado completamente mi rostro. Pero si mis palabras no le merecen a usted entero crédito, aquí tengo un papelito firmado con sangre por el barón, pocos momentos antes de expirar, que me lo dió, en donde declara quién fué su asesino.

Y sacó de la cartera un papel que mostraba a su interlocutor. Duval, al verlo, se estremeció en la silla.

—Esto—continuó el doctor guardando en la cartera su papel—, con respecto al crimen, pues por lo que hace al casamiento falso, el señor Duval se acordará, sin duda, de que hubo un pacto sagrado entre los dos, que a ninguno le convenía descubrir.

—Bien; conozco que sería inútil negar lo que para usted es una verdad palpable—contestó Duval, operándose en su fisonomía un cambio repentino del temor a la calma, que sorprendió a su vez al doctor—. Y ¿cuánto quiere usted por ese documento?

—Diez mil duros.

—¿No le parece a usted mejor que le pague con otra historia?

—No; yo estoy por el dinero.

—Pues yo estoy por las historias. He quedado sumamente agradecido y satisfecho del buen rato que me ha proporcionado usted con lo que me ha referido, y yo no puedo prescindir de la galantería de contarle a usted otra que despierte en extremo su curiosidad, correspondiendo lealmente a su benevolencia.

—Pero...

—Suplico a usted se digne escucharme con la atención que yo tuve la honra de escucharle, para que, oído mi relato, entremos en la liquidación de cuentas.

—Puede usted empezar cuando guste.

—Hubo un escocés en los Estados Unidos de América, tan fogoso y tenaz en sus amores, hasta conseguir su objeto, como variable desde el instante de estar en posesión de la mujer amada; a los dos meses de haber llegado a Nueva York se enlazó con una joven, bella y virtuosa, que murió

de repente a los veinte días de su enlace, sin que los médicos que le hicieron la autopsia lograran descubrir la causa de su muerte. Pasado un corto tiempo volvió a enlazarse con otra señorita de interesante figura, que tuvo un fin igual a la primera, y dando por resultado idéntico el reconocimiento que del cadáver hicieron los facultativos. Entonces pasó a Nueva Orleans, contrajo nupcias por tercera vez, y cuando muy ajeno de que le sorprendieran, pues había despachado a la criada a desempeñar un recado, se creía solo con su esposa, penetró un hombre en su casa, que escuchó desde la escalera estrepitosas risas de mujer; al principio creyó que eran originadas por el placer y contento; pero luego, al oír algunas palabras de súplica, mezcladas entre la estrepitosa risa, subió precipitadamente los escalones que le faltaban; abrió cautelosamente la puerta y se dirigió hacia el cuarto en que se reían. Allí se detuvo detrás de las cortinas, y vió a una joven, vendada desde los pies al pescuezo, tendida y con los pies descubiertos, y junto a ella un hombre que se entretenía en hacerla cosquillas en las plantas de sus delicados pies. El hombre, que había sido amigo de la familia de aquella mujer, y que al volver de un viaje se dirigía a visitarla, penetró ciego de ira en la alcoba, cuando la esposa acababa de exhalar su último aliento en medio de una risa desgarradora. Aquel malvado había matado de igual manera a las otras dos. Fingiendo amarlas entrañablemente, pretextaba querer jugar ciféndolas como a una criatura con una gran faja, y cuando las veía que no se podían mover, las daba esa muerte cruel y espantosa.

—Antes de venir, estaba persuadido de que me contaría usted esa historia.

—Y ¿sabe usted quién era aquel malvado?

—Yo—contestó el doctor, sin dar la menor muestra de inquietud—; yo que tengo el defecto de amar a todas las mujeres hermosas, y de aborrecerlas en el instante de conseguir sus favores; y, que no veía otro medio más fácil de alcanzar el amor de ellas que casándome, ni mejor medio de contraer nuevos lazos, que haciéndolas desaparecer del catálogo de los vivientes. Sí, aquel malvado era yo, y el hombre que me sorprendió, por una imprudencia mía, fué usted.

—Es cierto.

—Y ¿qué tenemos con eso? Usted abrigaba miras siniestras sobre la hija del barón; me prometió callar aquel acontecimiento si yo me prestaba a servirle de sacerdote; accedí; fué un pacto reservado y sagrado; usted alcanzó lo que de-

seaba, y sobre este asunto nada nos debemos; estamos recíprocamente pagados.

—Pues, si nada nos debemos, ¿qué es lo que usted pretende?

—He dicho que sobre el asunto del casamiento, nada, porque así lo prometí, y yo cumplo lo que ofrezco. Pero sobre el asesinato del barón, y sobre todo, sobre la venta del general Guerrero, no media ningún compromiso ni palabra alguna, y precisamente es el negocio del cual me he propuesto sacar lo que hoy necesito.

—Es que los propósitos no siempre se suelen realizar—dijo Duval, sonriéndose burlescamente.

—¡Oh!... Estoy persuadido de que éste dará el resultado que deseo—contestó con seguridad el doctor.

—¿De veras?

—De veras. Necesito dinero, y me lo dará usted; de lo contrario estoy dispuesto a publicar sus crímenes; y el gobierno mexicano, que hoy dignamente rige, no podrá perdonar a que fué origen de la muerte de Guerrero.

—Por delitos políticos nada hay que temer en el país.

—¿Cree usted que los gobernantes mexicanos muestren menos horror que el que mostró el Consejo de Ginebra contra vuestro hermano, que fué inducido por usted a cometer el más infame crimen?

—¿El Consejo de Génova?

—Sí; demasiado conoce usted la sentencia que dictó contra el que hizo cabeza en el asesinato de Guerrero; pero por si se le han olvidado a usted algunas palabras, quiero tener el gusto de leerle ese curioso documento, que me lo eché en el bolsillo al venir a visitar a usted.

Y Willey sacó un papel, lo abrió y se dispuso a leerlo.

—Puede ahorrarse la molestia de leerlo.

—No; deseo que se le refresquen a usted las ideas—contestó el doctor, y leyó el papel, que estaba concebido en estos términos:

SENTENCIA

El Real Consejo Superior de Almirantazgo, residente en Génova, en la causa del Real fisco contra Francisco Picaluga, hijo del finado Guillermo, de edad de 44 años, natural de Boccadasse y domiciliado allí, Comunidad de San Francisco, en el distrito de San Martín de Albaro (Génova), capitán de segunda clase de Marina Mer-